PATRICIA DÍAZ BIALET

DE CUANDO APRENDÍ A NO AMAR

Ya no estoy aquí
No he cambiado de lugar
Pero ya no estoy aquí
Vasko Popa

y entonces los demás me atraen me cobijan me gobiernan
pero bien internado en mi muslo hay algo de avestruz que huye
algo de vértigo profundo de malabar equivocado

por eso algo de mí
no todo
algo de mí se despedaza se quiebra se anquilosa
y regresa serenamente con sus escombros a su lugar de animal
/doméstico

y también algo de mí se yergue en caja de bestia
y me lanza estrepitosa hacia tu cuello erguido
hacia tu siemprenunca transparente en la promesa

algo de mí se evapora cuando me atraen me cobijan me gobiernan
cuando en este mismo sillón el dedo infame me corrompe
cuando justo debajo de tus glúteos se desenvuelve la parsimonia
/exacta

cuando entreveo vellos en septiembre
hombres duchas jabones diezmados en fricción tremebunda

por eso declaro que algo de mí
no todo
se repone a sí mismo el coto de ciervos malheridos

algo de mí se fuga envuelto en palabras
mientras miento felizmente en descaro de ahogo
y vuelvo a abofetear el aire
y me elevo desierta de mí
como se eleva el alma de celofán de los niños cuando mueren

DE LOS AMORES DE A PIE

al hombre de flecha de imán húmedo
Cartas de amor que se queman
Flores negras en el viento
Le dejan al que ha querido
El corazón ceniciento
Cartas de amor que se queman
Manuel Castilla / Gustavo Leguizamón

Cuando antes hacía los amores de a pie en julio y en enero
Mi adorador era vena que emergía del mar con su branquia de
succión aventajada
Que picaba la cholga espléndida del acantilado

Lucía prolongaciones de horma catastrófica
Estocada de textura de alga que aún hoy retrasa mi decadencia

Yo me transformaba en aspaviento de niña malcriada
En capricho de burguesa chillona
Y en un pliegue de mi adorador lograba inmiscuirme
Hendía la cisura ineludible para permanecer allí una temporada
Entre sus escotillas y sus cáñamos

Depositaba por ejemplo poemas incendiándose
Esbozos de vigilia guarecidos entre sus mandíbulas

Mi escondrijo
Mi antro de rancias intenciones
Mi perforación clandestina

Todo eso mi adorador me autorizaba
Cuando antes hacía los amores de a pie
Y me hamacaba en su puntal como una cúpula indecisa

Cuando antes
Cuando la casa de envoltura de madreperla inextinguible

ELENA Y CONSTANZA

ladrillo tras ladrillo
una dilucida su infancia
y la poesía es la raíz desnuda
en el origen

Derrito mi cemento y allí aparece esa chica aniquilada casi
—un cometa la apunta desde afuera—.

Ella manipula los juguetes con destreza de bruja.
Resume en sus dedos lo que habrá de tocarle en suerte.

Sentada en la baldosa de polvo de esa casa ya desvanecida
su mano no tiembla.
En vez,
coloca tapete tras tapete,
construye el castillo que luego será su vida
—ella aún no lo sabe—
pero denigra la calidad de su niñez
como si no mereciera tener lo que las otras.

Con los muslos aferrados al piso
Elena y la otra sobreviven a sendas familias.
Un abanico de padre enloquecido,
hermanos a medio fabricar,
prematuras ideas del amor que jamás llegará como debiera.

Las diez uñas apresan el juguete.
Sostienen el mundo que siempre se les viene encima.
Hurgan por demás en la suerte y nada rescatan.

Elena se erigirá,
se desplomará,
se hundirá en cientos de hombres,
atisbará la causa,
luego trocará en camaleón de luna.

Ahora no lo intuye.
Solamente sus muslos ya fríos en el seco departamento
mantienen la jugada,
la baraja dispersa.

Elena y la otra,
la que sufrió el cartílago pesado,
la que proviene del suicidio.

Elena y la otra
-aunque jamás vuelvan a versese
unen en sus pedazos.
Casi se imitan en lo trágico.

Ellas acaparan el suelo
como si el temblor no fuera así a dañarlas.